

E S T H E R H A T C H

*Una dama
al acecho*

Libros de
seda

Para mi padre:

*Me gustaría que hubieras podido llevarte este libro a la
acería y haberlo leído mientras apretabas botones.
También me hubiera gustado que te hubieras retirado
de esa fábrica y llevado a mamá a Hawái. Pero sobre
todo, deseo con todas mis fuerzas que hubieras podido
estar aquí. Gracias por ser un artista. Me has enseñado lo
importante y poderoso que es dejar algo detrás de ti.*

«A veces Cupido mata con flechas. Otras, con trampas».

WILLIAM SHAKESPEARE



Capítulo 1

—¿TENGO QUE IR SOLA? —A Grace se le cayó el paño con que limpiaba el cristal de la ventana. No toleraba el desorden, pero ni siquiera recogió el trapo caído—. ¿A Londres?

La señora White asintió.

—Hace justo dos semanas escribí a tu tía, confiando en que te acogiera. Tu tío contestó a vuelta de correo. Quieren que vayas inmediatamente.

La sorpresa fue tan grande que notó que las piernas le flojeaban. Dio un paso atrás y, como si estuviera en trance, se dejó caer sobre el sofá del salón de la vicaría, donde vivía desde hacía ya seis años. Apenas recordaba a su tía. ¿Y el tío qué habría contestado? Ni siquiera lo conocía. Su tía se había vuelto a casar hacía unos años y no sabía nada de él.

—¿Y qué pasa con el canto? —preguntó. Detestaba tanto suplicar que hasta se sonrojó, pero no podía desaprovechar el último hilo de esperanza que le quedaba para intentar permanecer en la que en ese momento era su casa, en su pueblo natal. Dejar la vicaría y alejarse del cementerio en el que reposaban sus padres le parecía sencillamente insoportable—. Hay bastante gente que

espera oírme cantar en los servicios dominicales. El señor White me ha dicho varias veces que desde el año pasado, cuando empecé, ha aumentado el número de asistentes.

—Londres es un sitio mucho más adecuado para que empieces a pensar en formar tu propia familia, Grace. Tus padres nunca quisieron que te casaras con nadie de Portford, y la cuantía de tu dote es buena prueba de ello. Sería muy egoísta por nuestra parte retenerte aquí solo por tener unos pocos parroquianos más en los servicios y las reuniones vespertinas.

La señora White se alisó las faldas y la miró erguida, sin apenas mover la alta y delgada figura. Una raya que parecía trazada con una regla le dividía en dos partes exactamente iguales el pelo, aplastado y recogido en un apretado moño. Si hubiera sido la primera vez que la veía, seguro que Grace habría pensado que se trataba de una mujer que nunca reía y raramente sonreía. Sin embargo, casi nunca se comportaba como en ese momento, todo lo contrario: sonreía continuamente cuando estaba con ella.

El vicario entró de repente por la puerta principal. Seguro que había salido de casa con el pelo oscuro bien peinado, pero en ese momento lo tenía revuelto, como solía ocurrirle. Sonrió sin rastro de severidad alguna. Se acercó a su esposa y la besó en la mejilla con suavidad.

—La noticia de que nuestro ruiseñor va a dejarnos ha debido de empezar a correr. Ahí fuera hay un montón de parroquianos, entre ellos muchos jóvenes, esperando a que empiecen las visitas de la mañana para poder despedirse.

—Voy a buscar a Abigail y a Catherine —dijo la señora White, al tiempo que relajaba los hombros y miraba a su esposo con su habitual sonrisa.

—No es a ellas a quienes han venido a ver —rio el señor White—. Nadie las miraría a ellas estando Grace en el salón. Aunque supongo que, si hay visitas, lo lógico es que estén aquí también.



Grace pudo apreciar un tic nervioso en el párpado derecho de la señora White, que de nuevo se puso rígida, lo que confirmó su sospecha sobre la verdadera razón por la que la enviaban a Londres. Había estado muy bien acoger a una joven huérfana mientras las hijas del matrimonio eran demasiado jóvenes como para pensar en casarse, pero ahora que había llegado a la edad de buscar esposo, ella se había convertido en un enorme obstáculo para el futuro de las chicas. La mujer se aclaró la garganta y echó un vistazo a la parte de atrás de la casa, en donde estaban sus hijas.

—A Catherine le vendría bien, acaba de cumplir la edad.

—Bueno, pues ve a por ellas si te parece, pero no creo que debamos tener prisa con Catherine. Abigail lleva dos años saliendo acompañada y hemos tenido la suerte de no haberla perdido todavía. —Al vicario le chispeaban los ojos azules. Al contrario que su esposa, no veía la necesidad de que sus hijas se casaran lo antes posible.

Grace se preguntaba hasta qué punto él se habría resistido a los planes de su esposa para librarse de ella. «No demasiado, probablemente», pensó. Disfrutaba con la gran cantidad de gente que su voz atraía a la parroquia, sí, pero no lo suficiente como para permitir que se alterara la armonía de la vida familiar.

—Por favor, Alfred, no menciones que Abigail lleva saliendo dos años acompañada. No hay por qué recordar continuamente a la gente de Portford que lleva tanto tiempo en el escaparate.

El señor White movió la mano con aire displicente.

—Grace lleva saliendo casi el doble de tiempo y nadie parece pensar que esté en ningún escaparate ni nada parecido.

La aludida miró fijamente el fuego del hogar, como si estuviera muy interesada en la evolución de las llamas. En esos momentos era incapaz de mirar a la cara a ninguno de los dos. Era verdad: todo el mundo asumía que permanecía soltera por decisión propia, y no se equivocaban. No había hombre en Portford que no



conociera la cuantía de su dote y, pese a los intentos, a veces desesperados, de convencerla de lo contrario, sabía que la mayoría de ellos no miraban más allá de las doce mil libras.

—Te preocupas demasiado por nuestras hijas. Se casarán cuando encuentren al hombre adecuado, ni antes ni después —añadió el vicario agarrando a su mujer de la mano y apretándosela. Le dio un beso en la mejilla antes de que saliera de la habitación para ir a buscar a las jóvenes. Grace empezó a sentir una abrumadora nostalgia. Solo tenía catorce años cuando sus padres murieron, y recordaba momentos parecidos entre ellos a los que ahora estaba viviendo. Eso siempre le hacía experimentar un sentimiento de pertenencia familiar, que en ese momento añoraba al ver ahora al vicario y a su esposa.

«Sí, es el momento de irme». Los White la habían acogido sin tener ninguna obligación y gracias a ello pudo permanecer en Portford, cerca de la gente que conocía. Además, y eso era lo más importante, había podido visitar las tumbas de sus padres cuando quiso. Después de recibir toda esa ayuda por su parte, si de alguna manera estaba interfiriendo en que sus hijas encontraran buenos partidos para casarse, no cabía duda de que debía marcharse.

¿Cómo sería ahora la tía, de apellido Bell desde que volvió a casarse? No la veía desde la muerte de sus padres, ya hacía seis años. En ese momento ella le pareció muy distante y algo perdida en la niebla de su propio duelo por haber perdido a su hermana y a su marido debido al cólera. Aunque quizá su nuevo matrimonio hubiera aplacado su dolor y se mostrara más cariñosa con ella. Puede que Grace fuera capaz de recuperar el sentimiento de pertenencia que tenía cuando sus padres estaban vivos.

Y puede que tuviera la oportunidad de volver a ver a Anthony. Sus dos veranos en Portford habían sido demasiado cortos. Se trataba del único hombre que de verdad la había entendido de entre todos con los que se había relacionado. Puede que la razón por la



que Anthony y ella habían congeniado tan bien fuera que en ningún momento insinuó que quisiera casarse con ella. Pero al final de su última visita, eso pareció cambiar; la buscaba continuamente y le brillaban los ojos cuando la veía. A veces se preguntaba qué habría pasado de haber dispuesto de más tiempo.

Unos fuertes y sonoros pasos interrumpieron sus pensamientos. Desde la pequeña sala de estar no podía ver quién era el visitante, pero inmediatamente lo dedujo. Solo había una persona en Portford que hiciera tanto ruido al caminar.

John Garfield. El hijo mayor del primo de su padre y el hombre que había heredado la hacienda paterna.

Pudo ver sus altas y brillantes botas negras antes que a él. Seguro que las había limpiado a conciencia, pues brillaban tanto como su sudorosa cara. Las relucientes y rojas mejillas delataban su expectación; el cabello y las cejas, de un rubio casi albino, suponían un contraste inesperado con la recia figura.

—¡Señorita Grace! —exclamó nada más entrar en la habitación—. Acabo de enterarme de la deplorable noticia. ¿Cómo va ser capaz de sobrevivir Portford sin su extraordinaria... —La miró con intensidad, deteniéndose en los ojos y los labios. Tras echar una rápida mirada al vicario, concluyó la frase sin ninguna convicción—: voz?

—Bueno —contestó de inmediato el señor White—, aunque nuestra Grace nos ha regalado su enorme talento, no podemos ser tan egoístas como para obligarla a quedarse en nuestra pequeña localidad habiendo un mundo mucho más amplio abierto a sus exploraciones.

Grace dirigió una sonrisa al vicario, aunque el único lugar de la tierra al que se sentía conectada era el que estaba en el entorno de la iglesia, a unos pocos pasos de donde vivía en ese momento. La señora White entró con Abigail y Catherine. Había muy poco sitio para sentarse y muchos visitantes en camino.



—Voy a traer algunas sillas del comedor. —Grace se puso de pie y salió casi corriendo, contenta de poder alejarse del señor Garfield. La mesa del comedor tenía ocho sillas, agarró dos de ellas, apoyando una en cada cadera. Eran de madera recia, y las había limpiado casi cada día desde que llegó a la casa. También había limpiado ventanas, planchado y arreglado las dependencias lo mejor posible, pero no había sido suficiente para lograr que la señora White le permitiera seguir allí.

Se dio la vuelta y estuvo a punto de tropezarse con el señor White y el señor Garfield, que agarró las dos sillas que llevaba ella. Las soltó de inmediato y se separó de él.

Garfield se inclinó hacia ella.

—No tiene por qué irse. —Miró al señor White, que en ese momento levantaba dos sillas al otro lado de la mesa—. Podría ser la señora de la casa en la que creció. Seguro que le gustaría.

Grace se puso en jarras y respiró hondo y despacio. Echaba de menos su casa, sí: los papeles pintados decorativos que ella misma había escogido con su madre, los jardines, perfectamente arreglados... todo, en fin. Era la única mansión que podía considerarse como tal en todo Portford. Desde que el señor Garfield empezó a interesarse por ella, sus visitas al lugar habían disminuido mucho. El joven sabía muy bien cómo tentarla, pero no iba a casarse por una casa; pese a lo mucho que deseaba quedarse en Portford, no pensaba hacer semejante cosa.

—No —dijo tajantemente.

—Pero...

—La respuesta sigue siendo no.

—Han llegado más invitados, así que tenemos que llevar las sillas a la sala de estar. —El señor White pasó a su lado y salió por la puerta hacia el pasillo.

Intentó volver a agarrar las dos sillas que le había quitado el señor Garfield, pero este no se lo permitió.

—Llevo esperando muchos años, Grace.



—Señorita Sinclair.

—Todo el pueblo da por hecho que vamos a casarnos.

—Pero yo no, nunca lo he dado por hecho. —Se encaminó hacia la mesa para agarrar otras dos sillas y, cuando se volvió, escuchó cerrarse la puerta del comedor.

Miró hacia tras y vio al señor Garfield y las dos sillas tapándole el camino.

Estaba sola con él. La familia White estaba al otro lado de la puerta, pero pasarían algunos minutos antes de que alguien acudiera a buscarla.

—Señor Garfield, abra esa puerta.

—No, Grace.

—Señorita Sinclair.

—Grace —insistió él—. No me gusta tener que hacer esto, pero cuento con esa dote. La hacienda la necesita. No creo que quieras que la casa de tus padres se deteriore por completo.

—Hay muchas mujeres en Londres con dotes mayores que la mía, señor Garfield. ¿Por qué no busca esposa allí?

—Debes saber que no se trata solo de tu dote. Tu pelo brilla cuando le da la luz, ¿sabes? —Se acercaba a ella como un gato a punto de saltar sobre su presa.

—Deténgase.

—Tus ojos...

—Señor Garfield, le pido que se detenga y que me deje pasar. —Solo estaba a unos centímetros de ella. Retrocedió y se apoyó en el gran aparador de madera. Sin necesidad de mirar, sabía dónde estaba cada objeto, pues los había estado limpiando cada semana durante años. Se deslizó hacia la izquierda y empezó a abrir el cajón que tenía detrás.

—Y tus labios, Grace, tus labios...

El señor Garfield saltó como un resorte cuando ella sacó del cajón un cuchillo de trinchar. La joven lo blandió y él lo vio justo



a tiempo para moverse hacia la izquierda y esquivarlo por poco. Pero resbaló y se dio un buen golpe en la cabeza con el mueble. Sin mirar qué le había pasado, lo esquivó, corrió hacia la puerta y avanzó por el pasillo. Miró el cuchillo que seguía sujetando con mano temblorosa. Tenía que dejarlo en algún sitio, pero no lo haría hasta estar segura de que aquel hombre no la perseguía.

Al llegar al salón, dejó el cuchillo sobre una mesa auxiliar y avanzó hacia el centro de la habitación.

—¿Dónde está el señor Garfield? —preguntó el vicario White, mirando tras ella—. ¿No has traído ninguna silla?

—Se ha caído.

—¿De verdad?

—Sí. Y se ha dado un golpe en la cabeza contra el aparador.

El vicario salió casi corriendo. Ella respiró hondo para tranquilizarse y, por segunda vez en la mañana, se sentó en el sofá. Si el señor Garfield hubiera logrado comprometerla de la manera que fuera, y si alguien los hubiera visto, se habría visto forzada a casarse con él. Habían merecido la pena todas aquellas horas de limpieza abrigando de la cubertería de plata. Ese cuchillo la había salvado.

—Señora White.

La mujer del vicario se dio la vuelta y buscó a su marido con la mirada.

—Tiene usted razón. Es momento de que me marche a Londres. Eso es lo que querían mis padres, y es bueno que esté con mi familia. —A salvo, en un sitio en el que la aceptaran por lo que era y no por su dote o su aspecto. En un hogar.

